

HOFMANNSTHAL, Hugo von: *Carta de Lord Chandos y otros textos en prosa*. Traducción de Antón Dieterich. Alba, Barcelona, 2001, 164 pp.

Lenta y pesadamente se va abriendo camino en España la obra de uno de los poetas, dramaturgos y ensayistas austriacos más significativos del cambio de siglo. Lentamente, pues desde que Hugo von Hofmannsthal (1874-1929) se tradujo por primera vez al español han pasado 23 años y todavía no podemos disfrutar más que de unos pocos títulos de entre su amplísima producción; con pesadez, además, porque esos títulos traducidos se repiten inexplicablemente en las contadas ediciones que del mencionado autor han aparecido en nuestro país.

En efecto, después de comprobar el contenido de la presente edición se observa que la carta ficticia que sirve de base al título (*Carta de Lord Chandos*, 1902), así como los relatos incluidos (*Aventura del mariscal de Bassompierre*, 1900, y *Lucidor*, 1910) ya habían sido traducidos anteriormente, y sólo es novedosa la presentación de un relato de 1908, *Recuerdo de días hermosos*, y dos breves ensayos basados en crónicas viajeras, *Momentos en Grecia*, 1908-1917, y *Viaje por el norte de África*, 1925) que acompañan a la narrativa señalada. Por desgracia, toda la producción dramática y lírica del autor, sin duda lo más genuino del Hofmannsthal joven y adulto, sigue sin ser traducida, con lo que al lector español no le queda más remedio que esperar tiempos mejores hasta conseguir tener, finalmente, una imagen completa del último de los grandes humanistas austriacos de principios de siglo.

A pesar de todo, es muy grato descubrir que la editorial Alba mantiene vivo el interés por el autor y nos lo acerca de nuevo, dentro de la colección Alba clásica, en un volumen con una presentación externa cuidadísima, a la que su director, Luis Magrinyà, nos tiene felizmente acostumbrados.

La carta que da título a la obra de referencia resulta ser, en primer lugar, el texto culminante de la poética hofmannsthaliana. Una especie de testamento literario prematuro de quien, tras unos breves e intensos años de éxito y reconocimiento, se plantea la validez moral de su exquisita y genial escritura hasta el punto de pensar en abandonarla, seguro, como está, de que ni siquiera tanta belleza y sensibilidad

son capaces de expresar con rigor la enormemente confusa realidad que le rodea. "Todo se me desintegraba en partes, las partes otra vez en partes, y nada se dejaba ya abarcar con un concepto. Las palabras aisladas flotaban alrededor de mí; cuajaban en ojos que me miraban fijamente y de los que no puedo apartar la vista: son remolinos a los que me da vértigo asomarme, que giran sin cesar y a través de los cuales se llega al vacío". Así se expresa el que percibe un mundo inexplicable con palabras, para quien "todos los juicios son dudosos, inconsistentes, falsos e indemostrables"; aquel que cree "haber perdido por completo la capacidad de pensar o hablar coherentemente sobre cosa ninguna" y que, por ese mismo motivo, aborrece definitivamente del pomposo lenguaje de juventud, de una majestuosa lírica cuya solidez "se tambalea bajo la suntuosidad de las palabras". Este peculiar testamento poético no supone, como cabría esperar, un abandono radical de su vocación literaria. Hofmannsthal sí rechaza para siempre la poesía con la que de un modo tan precoz se dio a conocer, pero continúa escribiendo, pronunciando conferencias y cumpliendo responsablemente con su papel de señor moral y cultural para la sociedad austriaca y europea del momento. Sin embargo, los efectos que produce en Hofmannsthal esta grave desconfianza en el valor de la palabra se dejan sentir inequívocamente en su creación literaria posterior: el joven y afamado poeta, cumbre del esteticismo y la decadencia finisecular, deja paso al dramaturgo sereno, al libretista comprometido con el proyecto fundacional de los Festivales de Salzburgo, o al ensayista de corte político, embajador de la idea paneuropeísta en los años previos a la desaparición del Imperio austriaco. Todo ello salpicado con incursiones discontinuas en el terreno narrativo, género en el que se prodigó en menor medida, y, curiosamente, completado con adaptaciones de obras ajenas (Sófocles, Molière o Calderón, entre otros), en un intento de traducir a los clásicos –poseedores de un verbo que sí abarcaba la realidad con contundencia– al lenguaje propio del momento.

En segundo lugar, algo trascendental para la literatura del siglo, la *Carta de Lord Chandos* supone un texto clave por su naturaleza, anticipatoria de las dos grandes cuestiones sobre las que girarán la literatura y el pensamiento de la modernidad durante todo el siglo XX: la crisis del lenguaje y la desaparición del yo entre la confusión que gobierna la realidad. En el mismo momento en que Lord Chandos decide renunciar a su actividad literaria, el sujeto deja de ser el principio ordenador del universo, que desde entonces se mostrará anárquico, desordenado e inabarcable. No se trata tanto de la falta de significado de las palabras como de la inquietante multiplicidad de las voces con las que la realidad se manifiesta. "Todo se me desintegraba en partes, las partes otra vez en partes...", decía el Lord, y la pluma de Hofmannsthal se ve superada, incapaz de expresar cada uno de los detalles, mínimos pero esenciales para comprender y aprehender la resbaladiza totalidad de las cosas. Más allá de las angustias del poeta, la incapacidad del lenguaje es el más claro síntoma de la crisis de valores de toda una época, vacía de contenido y cubierta por una falsa púrpura, cual decorado de Makart¹, cuyo único objetivo es enmascarar sus

¹ Pintor, decorador y maestro de ceremonias de la Viena de fin de siglo, digno representante del estilo –o mejor dicho, la falta de estilo– "kitsch", una estética desmedida y recargada, muy teatral, con la que la burguesía y aristocracia vienesas hacían gala de su exceso de riqueza.

propias contradicciones, camino de la desaparición. Baste mencionar a Musil, Kafka o Canetti, como algunos de los más cercanos continuadores de Hofmannsthal en esa línea anticipatoria de la desconfianza en el signo poético presente en la *Carta de Lord Chandos*, uno de los textos que más veces se ha comentado, estudiado o criticado desde múltiples perspectivas, a lo largo del siglo.

Entre la dispersa producción narrativa de Hofmannsthal, *Aventura del mariscal de Bassompierre* y *Lucidor* tienen en común una cierta relación con Goethe, algo que también sucede, por ejemplo en *El cuento de la noche 672*, de ambiente oriental. El primero es resultado de la adaptación de un relato goetheano, con base histórica real, inserto en sus *Conversaciones de emigrados alemanes*, y que contiene como motivo principal la relación entre el amor y la muerte, relación que, sin duda alguna –téngase presente a Schnitzler–, constituía la piedra angular de la existencia humana para la época. El segundo relato, embrión de lo que después se convertiría en una de sus más apreciadas comedias musicales, *Arabella*, responde en su estructura, y a pesar de su reducido tamaño, a los postulados de la novela de formación, tal y como aparecen en el *Wilhelm Meister*. Ambos son, en todo caso, una buena muestra de la prosa de Hofmannsthal, de elevado porte, ensoñadora, melancólica, impresionista y un punto psicologizante.

Por su parte, *Recuerdo de días hermosos* es un breve relato que enlaza –se desarrolla en Venecia y capta las impresiones del autor sobre la ciudad– con los dos ensayos restantes que completan la edición, *Momentos en Grecia* y *Viaje por el norte de África*. Son continuas las referencias al asunto del lenguaje, como tantos otros, y muestran al lector la permanente lucha que Hofmannsthal tiene por evitar que la realidad se le escape, un heroico intento de plasmar el más íntimo detalle, de adueñarse de cada una de las perspectivas con las que fuera posible, finalmente, abarcar esa huidiza realidad que angustiaba a la sociedad del cambio de siglo.

La traducción de Antón Dieterich es correcta, aunque a veces cuestionable. El hecho, como ya he mencionado anteriormente, de que tanto la *Carta de Lord Chandos* como la *Aventura del mariscal de Bassompierre* hayan sido traducidas anteriormente (José Quetglas en 1981 y Miguel Ángel Vega en 1991, respectivamente), plantea una interesante reflexión en el ámbito de la traductología, que supera los límites de esta reseña: cómo es posible que textos tan breves y tan conocidos entre la producción hofmannsthaliana ofrezcan posibilidades de traducción tan dispares como las mencionadas, pues, sin traicionar en lo esencial al original, cada una de ellas revela sustanciales diferencias (elección de vocablos, construcción sintáctica, organización de los párrafos) merecedoras de un amplio análisis lingüístico y literario.

Gonzalo Tamames